

era sino una serie de encuentros sangrientos y de bárbaros asesinatos que habían de acabar con los blancos que al fin eran los menos. Dicho se está que los mulatos aprovechando la ocasión para reivindicar de nuevo sus derechos con las armas, y á la vez para defender sus propiedades y sus cosechas contra la insurrección de los negros, de modo que los mulatos tenían en frente á dos enemigos de

quienes defenderse, y su situación sólo tenía de lejos un aspecto favorable, pues los blancos habían de llamarles tarde ó temprano á su lado para resistir á la insurrección de los esclavos.

Un mes hacía que duraba tan bárbara guerra, la hermosa ciudad de Puerto Príncipe había desaparecido ya en medio de las llamas cuando una parte de los colonos, los más liberales é ilustrados, pro-



Insurrección de los negros de Santo Domingo

pusieron como medida de transacción que se reconociera á todo hombre de color sus derechos políticos, y esto se votó por una Asamblea colonial, 21 de Setiembre de 1791, siendo luégo rectificada por la Asamblea legislativa; pero si con esto los blancos conseguían unirse á los mulatos, ni éstos ni los blancos, ni todos ellos unidos eran bastantes para dominar la insurrección de los esclavos. Esta transacción, cuando los esclavos aún no se habían movido, hubiera producido excelentes resultados sobre todo si se hubiese también hecho algo para una emancipación gradual de los esclavos, pero ahora era á estos principalmente y no á los mulatos á quienes se debía aquietar, y esta era empresa difícil, porque los negros en su irritación no querían otra cosa que el exterminio de los blancos.

Así continuó la guerra desencadenada é implacable por uno y otro lado, amontonándose las ruinas hasta el punto de calcularse á los pocos meses de duración que lo que se había destruído ya en la isla valdría unos 600 millones, que equivaldrían hoy á una cantidad triple.

En Francia las noticias de Santo Domingo contribuían mucho á envenenar las discordias de los partidos. Como Burdeos estaba grandemente interesada en la pacificación de la isla á consecuencia de sus relaciones comerciales, ofreció á la Asamblea legislativa mandar su guardia nacional á Santo Domingo para pacificarla, y de esta pretensión se hacían eco sus elocuentes diputados y los que luégo formaron el partido girondino, de modo que la lucha iba á enconarse y tendía á hacerse política por

momentos entre los jacobinos abolicionistas y los girondinos esclavistas por una de las circunstancias.

La Convención resolvió la cuestión en el sentido de la libertad de los negros. Su decreto, una vez conocido en la isla, produjo un efecto inmenso.

Declarada la guerra entre Francia de un lado y España é Inglaterra de otro, nosotros sostuvimos la insurrección de los negros con tanta mayor felicidad cuanto que una parte de la isla era nuestra, los ingleses la sostuvieron con algunos desembarcos, y como por su parte Francia no podía hacer nada por su colonia, los blancos y los mulatos fue-

ron poco á poco acorralados, sobre todo desde el momento en que estuvo al frente de la insurrección el negro Toussaint.

Toussaint al estallar la revolución de Santo Domingo era libre y vigilaba el trabajo de los negros del conde de Noe. Cuando vió el vuelo que la insurrección tomaba se dispuso á servirla, pero su carácter levantado y su noble ambición le hizo muy pronto antipático á uno de los jefes de la insurrección, á Jean-François que le puso preso. Pero Jean-François conocía á Toussaint y sentía que era capaz de fundar un Estado negro, así procuró entenderse

*Vous vous dévouez, Mon Ouvre de moulin, et
vous ne serez pas plus dévoué que nous; mais
Mare Aurele a dit très sagement: il ne faut
pas se fâcher contre les choses; car cela ne leur
fait rien du tout. Mirabeau.*

MIRABEAU (1749-1791)

Autógrafos revolucionarios

con su víctima y los dos juntos desembarazaron la insurrección de la dirección de Biasson que hacía la guerra á blancos y mulatos con la más implacable crueldad.

Ayudante de Campo de Jean-François, Toussaint se batía por los españoles con gran éxito, pero tan pronto supo que la Convención había emancipado á los negros se entendió con el gobernador francés y éste le prometió por su defección el grado de general de brigada, — 1794. — Aceptó Toussaint y con sus tropas se sometió al general Laveaux, siguiendo su ejemplo varios pueblos y villas de la isla. Desde este momento la guerra cambió de aspecto. Nosotros nos fuimos concentrando para defender nuestras posesiones, y Toussaint pudo entonces reunir 10.000 hombres con los que acudió á la capital, al Cabo, á poner en libertad á Laveaux, á quien tenían detenido los mulatos. Laveaux le cumplió lo ofrecido. Le concedió el grado de general de división, y hecha la paz con nosotros, — 1795, — de la manera que hemos dicho á consecuencia de la de Basilea, por la que cedimos á Francia la parte

española de la isla, Toussaint pudo dirigir todas sus fuerzas contra los ingleses y los mulatos.

Comprendiendo el valiente negro que era él el dueño del país quiso poder gobernar más desahogadamente y como para esto era necesario desembarazarse del general Laveaux le hizo nombrar diputado á la Asamblea legislativa, en cuanto al Comisario de la república lo embarcó después lisa y llanamente excusándose con el Directorio, alegando haberlo motivado los intereses públicos. El Directorio pasó por lo hecho y mandó un nuevo Comisario que no fué mejor recibido.

Toussaint quería estar solo. Solo dominó la insurrección, solo organizó la república negra, y solo obligó á los ingleses á evacuar la isla.

Quedaban los mulatos mandados por Rigaud y los negros con Toussaint á la cabeza. La guerra que se hicieron fué cruelísima, pero Toussaint venció al fin y Rigaud tuvo que embarcarse para Francia. Cuando Rigaud llegó á París, Bonaparte era ya primer Cónsul, — 1799.

Bonaparte hizo saber á Toussaint que era neces-

rio cambiar de sistema y ser justo con todos á lo que se avino el astuto negro que no quería desafiar á Francia sin auxiliares, así aparentó someterse á lo que se le ordenaba. Bonaparte pasó por esta sumisión aparente hasta el momento de poder obrar.

En el interin Toussaint, dueño de la isla, nos obligaba á salir de ella en 1801 apoderándose de Santo Domingo, mandando desde esta época en toda ella como un verdadero dictador. Abrió la república á negros, blancos y mulatos, y á todos consideró como si se empleasen en restaurar la perdida riqueza de la isla, y tan grande energía desplegó en ello que pudo creerse autorizado á escribir á Bonaparte, á quien llamaba «el primero de los blancos,» firmando «el primero de los negros.»

Firmada la paz de Amiens, resolvió Bonaparte someter la isla y á Toussaint. Principió por exigirnos que le diéramos una escuadra y un ejército, y el gobierno español pasó por darle cinco navíos y un bergantín que Gravina debía mandar para asegurar el desembarco de los 20 ó 25.000 hombres que su cuñado Leclerc llevaba á la isla.

Para tan lejana expedición Bonaparte escogió los mejores soldados de la república. A los veteranos que desde 1792 se batían en Alemania ora á las órdenes de Jourdan, ora á las de Hoche ó de Moreau. Es decir, quiso desembarazarse de los veteranos de la república. En esto están de acuerdo todos los historiadores franceses. Además, á estos bravos á quienes se enviaba á la muerte se juntaron los no menos bravos poloneses que si le habían ayudado á triunfar en Italia, ahora le estorbaban para entenderse con Rusia.

Leclerc se llevaba además una carta para Toussaint, una carta muy cariñosa de Bonaparte aconsejándole que se sometiera, pues Toussaint desde 1801, es decir, desde que ocupó á Santo Domingo mandaba con entera independencia de Francia, habiendo dado á la isla una constitución que aseguraba su prosperidad. En la dicha carta se nombraba á Toussaint lugarteniente general de Leclerc y se confirmaba todos los nombramientos de general que Toussaint había dado á los suyos, pero Leclerc llevaba también la misión de enviar á Toussaint y á sus generales á Francia tan pronto hubiese logrado echarles la mano de una manera ú otra.

Toussaint no se dejó engañar ni seducir. Rompió sin vacilar la guerra contra los franceses, pero la salvaje valentía de los negros se estrellaba ante la sangre fría y disciplina de los soldados de Hohenlinden. La traición, además, les abría paso, y cada día eran mayores las defecciones; pronto se hizo

general el convencimiento de que era imposible resistir á los soldados de Bonaparte, y hasta el mismo hijo de Toussaint abandonó á su padre.

Leclerc se encontró con esto imposibilitado de poder cumplir lo ordenado por Bonaparte y tuvo que dejar en la isla y en sus puestos á los generales Toussaint. Este se retiró á la vida privada, pero con la formal resolución de vengarse y de vengar á su país á la primera ocasión. Esta se presentó por sí sola.

Richepanse sacrificado con otros miles de veteranos de la república en la isla de Guadalupe, sometía esta isla que los mulatos habían defendido contra Inglaterra restableciendo la esclavitud. Como esto se sabía en Santo Domingo, los negros principiaron á inquietarse y todo era ya concertarse para la resistencia. En esta apurada coyuntura, todos volvían los ojos á Toussaint, éste estaba pronto. Lo que faltaba era el auxiliar, y el auxiliar se presentó en forma de fiebre amarilla.

Leclerc no ignoraba lo que se tramaba y procuró prender á Toussaint, lo que consiguió merced á una indigna traición, enviándole inmediatamente á Francia bajo partida de registro. Bonaparte trató á su prisionero de tal suerte, que al recordar su martirio no parece sino providencial venganza la que él sufrió más tarde en Santa Elena. Le envió á él, hijo de los trópicos, á la región de las nieves perpétuas, al fuerte de Joux en el monte Jura, cuyo clima acabó con «el héroe de la raza negra» al año de su implacable cautiverio.

Pero antes de morir Toussaint, la fiebre y la revolución vengaron su agonía. Leclerc y con él los mejores soldados, oficiales y generales que había llevado consigo, murieron de la implacable enfermedad de los trópicos, tan terrible para los hijos del Septentrion, como las nieves de este lo eran para el bravo Toussaint. En Guadalupe la fiebre arrebatava también á Richepanse, de modo, que la obra horrible de Bonaparte se consumaba á toda prisa.

Rochambeau, á quien su pasado parecía que debía alejarle de un mando que debía hacersele antipático, se encargó del de la expedición, y muy pronto se vió que si Rochambeau fué liberal al lado de Washington, en Santo Domingo era el hombre del antiguo régimen, lleno todavía de las antiguas preocupaciones sobre los hombres de color.

Estos se irritaron de mala manera con su mando, y en particular los mulatos, á quienes obligó á unirse con los negros, lo que hizo necesario desde aquel momento un gran sacrificio de hombres, porque Bonaparte no pudo resolverse á abandonar una

isla que tan fatal era á Francia, para que no se eclipsara ni por un momento su brillante reputación.

Así el clima y las balas iban acabando uno tras otro los batallones que Bonaparte enviaba, de modo que á últimos de 1802 se podía considerar la isla como perdida. Cuando en 1803, la paz de Amiens pasó á la historia, todo el mundo dió ya por irremisiblemente perdida para Francia la isla que había dado sepultura á los veteranos de los ejércitos de la república.

Los emancipadores de la isla fueron Petion y Dessalines quienes se encargaron de la dirección de la guerra, que, naturalmente, estalló más terrible y enconada que nunca al conocerse la infame traición de que había sido víctima Toussaint. Esta es siempre la consecuencia de actos de tal naturaleza, y de aquí la severa repulsa de los gobiernos liberales por la política represiva. Este sistema, que autoriza los actos más repulsivos, es el que encuentra bueno para calmar un movimiento, atropellar por todo, sin reparar que las ofensas más imperdonables son las que se hacen á la dignidad de los hombres. Para dominar la nueva insurrección de los negros, en verdad, de nada hubieran servido la prudencia y la más escrupulosa rectitud. Hacíanla inevitable el cambio de sistema político inaugurado por Bonaparte. Si éste se declaraba esclavista para satisfacer las clases conservadoras de la isla y de Francia, los que ya habían probado las delicias de la libertad y de la independencia no podían estar dispuestos á dejarse poner de nuevo los hierros que á costa de tanta sangre habían podido arrancar de sus acardenalados miembros.

De haberse continuado la política liberal anunciada que fué la que redujo la isla inmediatamente á la obediencia de Francia, quedando sólo Toussaint á quien para abandonarle todos hasta le abandonó su propio hijo, Santo Domingo, hubiera continuado siendo francesa.

Completaremos rápidamente lo que falta decir de esta insurrección.

Dominados los franceses, Dessalines fué nombrado gobernador vitalicio de la isla, con facultad de darse un sucesor. Como se ve esto no era más que una copia de lo que se acababa de hacer en Francia con Bonaparte, y esta copia Dessalines se creyó obligado á llevarla adelante de una manera ridícula.

A los tres meses de esta proclamación,—Abril de 1804,—Dessalines decretó, puesto que luego anunció la responsabilidad personal, el asesinato de

todos los franceses que habían quedado en la isla, con esto creía poder dominar completamente á sus compañeros á quienes suponía en un estado de atraso tal, que nada podrían dificultarle, de no dejar á su lado quienes pudieran guiarles.

Realizada tan espantosa atrocidad digna de la que había antes cometido Bonaparte al enviar á la isla los mejores soldados de la república, lo fué preparando todo Dessalines para hacerse proclamar como Bonaparte, emperador, y en efecto, en Octubre de dicho año, Dessalines, con el nombre de Jacobo I, era proclamado emperador de Santo Domingo.

Dos años duró su imperio, y su gobierno fué tan tiránico como despótico. Dessalines murió asesinado.

Estalló en seguida la guerra civil en la isla. Christophe se dió como sucesor legal, con el título de Presidente y generalísimo de Haiti, pero Puerto Príncipe se decidió por Petion. Cuatro años hacía que duraba la guerra cuando apareció en la isla Rigaud. Su presencia despertó el más vivo entusiasmo y Petion, mulato como Rigaud, se consideró perdido. Astuto y atrevido marchó, sin embargo, al encuentro de su antiguo jefe y le ofreció cederle la parte sud de la isla antigua teatro de las hazañas de Rigaud. Éste puso su gobierno en Cages y murió tranquilamente en la capital de su Estado. Su sucesor Borgella se sometió en 1812 á Petion. Petion y Christophe volvían, pues, á encontrarse solos frente á frente.

El año antes, Christophe se había hecho proclamar emperador, y había dado á sus Estados una carta constitucional ó imperial en todo lo posible calcada sobre la Constitución francesa tomando el nombre de Enrique I,—Marzo de 1811,—y reinó más ó menos despóticamente hasta 1820, en cuyo año se suicidó al estallar una insurrección militar para deponerle. El general Pablo San Román proclamó entonces la república. Pero el general Boyer, que había reemplazado á Petion que había fallecido en 1818, no quiso pasar por la existencia de las dos repúblicas, y sin desgracias consiguió fundirlas en una sola. Esto logrado, Boyer dirigió todas las fuerzas de la isla contra la parte española de la misma recuperada por nosotros años antes, y nos obligó á evacuarla. El 19 de Febrero de 1822 quedaba la isla entera por Boyer. De esta fecha data la república haitiana.

Tres años después Francia la reconocía, quedando con este hecho consagrada su independencia.

En la Guadalupe, en donde encontró sepultura el